

Llegados D. José Miguel Salomon y D. Fulgencio Salas al cuartel general mejicano, se dió principio á la conferencia. El coronel D. José Miguel Salomon, de quien el escritor mejicano D. Juan Suarez Navarro hace justos elogios diciendo que era «un anciano respetable que unia la inteligencia al pundonor mas acendrado», manifestó la justicia y conveniencia de que se garantizase, por medio de un convenio, las vidas y propiedades y honor de

y de ellas prevalido, le intimo nuevamente escoja entre rendirse á la generosidad de los mejicanos, á fin de que volvieren otra vez á su patria natal esos desgraciados que comanda, ó resignarse V. S. á una evidente catástrofe, que experimentará dentro de pocas horas esa division, á pesar mio; pero que mis deberes mas preciosos me harán ejecutar.

«En tal concepto, reitero pues á V. S. el contenido de mi nota oficial de ayer, recordándole que mañana á las ocho de ella se concluye el armisticio en que hemos convenido, no habiendo tratado nada sobre el particular con el Sr. coronel Salomon, respecto á su ninguna mision para este asunto, segun la nota citada de V. S. de hoy, á que contesto.

«Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo Viejo, Setiembre 9 de 1829.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Sr. brigadier D. Isidro Barradas.

Es copia.—José Antonio Mejía, secretario.»

#### CONTESTACION DE BARRADAS Á SANTA-ANNA.

«Segun manifiesta V. S. en su nota de ayer, es evidente que la imperiosa necesidad ha obligado muchas veces á ejércitos numerosos y aguerridos á rendirse al contrario; pero tambien es constante, por los hechos de la historia, que siempre lo hicieron precediendo una capitulacion mas ó menos honrosa que pusiera á cubierto las vidas y propiedades y honor de los vencidos. Las capitulaciones de Dupont en los campos de Bailen, y la de Junot en Portugal, son los testimonios mas recientes. El capitán mas ilustre del siglo se entregó en los brazos y bajo la buena fé de su mas poderoso y constante enemigo, y por no haber precedido un tratado que lo garantizase, fué aherrojado á una isla mortífera que concluyó con su existencia. Fundado en estos antecedentes y en

los individuos que formaban la division expedicionaria; pero Santa-Anna, que aspiraba á la gloria de obligarles á que se rindiesen á discrecion, dejando á su generosidad su suerte los rendidos, se negó á ello, repitiendo que no admitia otras condiciones que las de rendirse. Los comisionados españoles manifestaron que era inadmisibile lo que se les proponia, y volvieron á Tampico para prepararse á la defensa de la plaza. En la misma actitud se puso el coronel expedicionario D. Luis Vazquez, valiente y pundonoroso militar que defendia el fortin de la barra con una fuerza de cuatrocientos hombres.

Si el capitán general de la isla de Cuba D. Francisco Dionisio Vives hubiese dejado algun buque á los expedicionarios, éstos hubieran podido darle aviso de la situacion que guardaban y haberse reembarcado en los barcos que les habria enviado, sin necesidad de solicitar convenio alguno; pero nada les dejó, y en el mes y medio que lle-

las explicaciones verbales que se hicieron por V. S. y la junta de señores oficiales y jefes al coronel D. José Miguel Salomon, de garantir bajo su palabra de honor estas tres bases principales en que se fundan todas las capitulaciones, vuelve el mismo coronel Salomon, acompañado del comandante D. Fulgencio Salas, jefe de la plana mayor, autorizados competentemente para que conferencien, arreglen y concluyan con V. S. ó con las personas que se sirva designar, un convenio bajo las bases de asegurar y respetar las vidas y propiedades, y honor militar de la division de mi mando, sin cuyas garantias V. S. puede conocer tan bien como yo, que ésta no puede presentarse á rendir sus armas á discrecion.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Tampico de Tamaulipas, 10 de Setiembre de 1829.—Isidro Barradas.—Sr. D. Antonio Lopez de Santa-Anna, general en jefe de las tropas mejicanas».

Es copia.—José Desiderio Aljofín, secretario.

vaban de hallarse en una costa mortífera, no envió ni siquiera una simple goleta para informarse del estado en que se hallaban las operaciones militares. Este abandono en que se dejó á los sufridos expedicionarios, apenas se hace creíble, y solo puede explicarse por la creencia errónea que algunos ilusos habian hecho concebir de que el país entero se declararia adicto á España.

No bien habian vuelto á su cuartel general el coronel Salomon y el jefe de estado mayor D. Fulgencio Salas, cuando se desató una tremenda tempestad, acompañada de torrentales aguaceros y de un espantoso viento huracanado que parecian destinados á destruir la tierra. Las barracas levantadas en los puntos fortificados del campamento mejicano, fueron arrastradas con ímpetu violento, y cosa igual sucedió con las que los españoles habian construido en el fortin de la barra: las aguas del rio Pánuco, aumentadas por las enviadas por la tormenta, y la marea que subia, salieron de su cauce, inundando el punto militar situado en la ranchería de *Doña Cecilia*, inutilizando gran parte de las municiones, y el general Terán para salvar á sus soldados de ser ahogados, les condujo á un bosque inmediato. Tambien la fuerza española que guardaba el fortin de la barra, tuvo que refugiarse á un monte que estaba á corta distancia, para no perecer víctima de la horrorosa inundacion. Mucho padecieron las tropas mejicanas en esa terrible tempestad; pero en ella dieron pruebas de la fortaleza con que en todos tiempos han sabido soportar las penalidades y las fatigas. A la una de la tarde calmaron su furia los elementos, la inundacion bajó, aunque dejando fangoso el terreno del punto de *Doña Cecilia*, y

los soldados mejicanos volvieron á su posicion, donde apenas podian andar, por el inmenso lodo en que se les enterraban los piés. Los españoles, á su vez, ocuparon el fortin que no estaba en estado mas lisonjero. Tres horas despues, el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, habiendo salido del cuartel general de Pueblo Viejo con seiscientos hombres de tropa escogida de línea, pasó en canoas el rio con ellos, para reforzar la fuerza de dos mil soldados que el general D. Manuel Mier y Terán tenia en *Doña Cecilia*, pues se habian propuesto asaltar el fortin de la barra sin pérdida de momento. No bien llegó, á las cinco de la tarde, al campamento de Terán, se informó del espíritu que animaba á la tropa, y procuró saber la situacion que guardaba la guarnicion española del fortin despues del horrible huracan. Segun asienta el escritor mejicano Don Juan Suarez Navarro, «todas las noticias que habian comunicado las avanzadas de la segunda division, situadas en las chozas inmediatas al fortin, estaban contestes en que el invasor lo habia abandonado». El jefe mejicano

1829. quedó contento con las nuevas que se le daban, y «en esta inteligencia», dice el escritor antes mencionado, «dispuso el general sus columnas para ocupar el fortin si estaba abandonado, ó batir al enemigo antes de que éste reparara los estragos que el huracan habia hecho en su campo».

Eran las seis de la tarde cuando estos preparativos se hacian, con el objeto de dar el asalto en la noche, pues el enemigo no podia esperar que se le atacase cuando debia suponer ocupados á sus contrarios en reparar los defectos que en sus posiciones hubiese causado la tem-

pestad. Esta era la convicción de Santa-Anna; pero el general D. Manuel Mier y Terán que reunía á una notable prevision un conocimiento profundo del arte de la guerra, no participaba de la opinion del general en jefe. Muy lejos de eso, le manifestó su opinion contraria, exponiendo las razones de la ciencia, que hacian peligroso el ataque en aquella noche por lo crecido que aun iba el rio y por lo fangoso del terreno para maniobrar con precision. Despues de emitir su parecer, terminó diciendo: «Compañero, los ataques de noche tienen graves inconvenientes: yo ofrezco á V. que mañana ocuparemos el fortin, porque durante la noche situaremos proporcionalmente nuestras baterías, que en paralelas, romperán sus fuegos al ser de dia, las estacadas serán derribadas, y nuestras columnas sufrirán poco en penetrar al reduto» (1).

Aunque Santa-Anna conocia perfectamente la fuerza de las razones de su segundo, podian mas que ellas en su ánimo belicoso, los deseos de hacer rendir sin mas tardanza al enemigo. Animados del mismo deseo de no retardar la lucha, se sentian el coronel D. Nicolás Acosta, el capitán D. Francisco Tamariz y el teniente coronel polaco D. Carlos Beneski, el mismo que habia desembarcado en 1824 con el ex-emperador D. Agustin Iturbide. Los tres, llenos de ardiente entusiasmo, le instaron á que se ataca-

(1) Estos pormenores referentes á lo que pasaba en el campo de Santa-Anna, los debo al coronel mejicano D. Manuel María Iturría que se halló en aquella campaña y que me dió en 1864, estando yo en Méjico, varios apuntes manuscritos hechos por él.

se, como habia pensado. El general Santa-Anna dispuso inmediatamente las tropas que habian de dar el asalto, compuestas del 3.º de línea, compañías de preferencia del 2.º, 9.º y 5.º, todo el 11 de línea, y alguna fuerza de artillería, que eran los cuerpos mas selectos del ejército mejicano. Formadas dos columnas de ataque, se dió el mando de la principal al teniente coronel D. Pedro Lemus, que debia marchar á la izquierda, y el de la otra al comandante de batallon D. Domingo Andreis; dos compañías de cazadores, que formaban las guerrillas de vanguardia, se pusieron, una, bajo las órdenes del capitán D. Francisco Tamariz que debia avanzar por la derecha, á la orilla del rio; y la otra, bajo el mando del coronel Don Nicolás Acosta; al mando de otro jefe se pusieron dos lanchas armadas cada una de un cañon, con su correspondiente dotacion de artilleros, que debian situarse en punto conveniente para lanzar sus proyectiles sobre el fortin. Dispuesto el ataque en la forma referida, se emprendió la marcha entre diez y once de la noche (1).

(1) Esta es la hora que fija el coronel mejicano D. Manuel María Iturría que mandaba la compañía de granaderos, en los apuntes manuscritos que tuvo la bondad de darme; y aunque el escritor D. Juan Suarez Navarro dice que el combate empezó á las dos de la tarde, no cabe duda en que sufrió un error, puesto que él mismo asegura, poco antes, que «las aguas invadieron los terrenos donde campaban las tropas de la República»; que «seis piés de altura tenia la inundacion», y que «hasta la una del dia 10 no minoró la fuerza de los elementos». Para que bajase, pues, el agua, era preciso que transcurriese por lo menos una hora; de manera, que á las dos de la tarde seria la hora en que volviesen al punto de *Doña Cecilia* los soldados que se habian refugiado en el bosque inmediato. No era tampoco posible que Santa-Anna, que tenia su cuartel general en Pueblo Viejo, se moviese de él hasta esa hora en que empezaba á

1829. Dado á conocer el órden con que marchaban los asaltantes, agradable le será al lector saber las condiciones que tenia el punto que iba á ser atacado. El fortin de la barra habia sido construido por las fuerzas expedicionarias, para evitar un golpe de mano; y por lo mismo su construccion no era fuerte, pues aunque rodeado de foso, sus parapetos eran dos estacadas, dominando la segunda á la primera, y defendidas por seis cañones de los que los españoles encontraron en Tampico, y por una fuerza de cuatrocientos hombres, bajo el mando del coronel D. Luis Vazquez, uno de los jefes mas valientes de los que fueron en la expedicion. El coronel mejicano Don Manuel Iturria, que fué uno de los que dieron el asalto, en los apuntes manuscritos que me regaló, da la descripcion del fortin en los siguientes términos: «El reducto de la barra tenia la figura de un tambor, circunvalado de una estacada gruesa y alta en el centro de dos fosos: su posicion defendia la márgen izquierda del rio de desembarcadero á la mar, y toda la parte de la campiña oriental á *Doña Cecilia*; la fuerza que lo defendia era de cuatrocientos infantes con seis piezas de artillería».

Las columnas de ataque dispuestas por Santa-Anna, cruzando el espacio que las separaba del fortin y caminan-

bajar la inundacion y se hacia menos intransitable el camino, y que en hacerlo, llegar al sitio en que tenia las canoas, embarcar su gente en ellas, llegar al fuerte de *Doña Cecilia*, conferenciar con Terán y disponer las columnas de ataque, pudiese empezar éste á las dos de la tarde, sino entrada la noche, puesto que en Méjico, en verano, oscurece poco despues de las siete, y en invierno muy poco antes.

do por un terreno fangoso, marchaban serenas al asalto. Los españoles percibieron á sus contrarios cuando casi los tenian al pié de su posicion, y descargaron las piezas de artillería que miraban hácia ese punto, causando algun estrago, pero sin que su segunda descarga produjese daño alguno, pues los mejicanos se hallaban ya bajo los fuegos de las piezas. Llegados á este punto, saltaron el foso con asombrosa intrepidez, y emprendieron escalar la estacada. Entonces se trabó un combate sangriento cuerpo á cuerpo y al arma blanca: los combates se hicieron personales, y se vieron rasgos de valor no comunes de una y otra parte. Once ataques dieron á la bayoneta los mejicanos con un arrojo indescriptible, siendo recibidos con igual intrepidez. D. Rafael Ramirez, jóven cadete expedicionario, de un valor verdaderamente temerario, agarrado á una estacada con la mano izquierda y empuñando

1829. con la derecha su bayoneta, despues de herir á uno de los bravos oficiales mejicanos que se habia asido á la misma estacada, cayó sin vida al foso tras éste, atravesado de once heridas que recibió de los soldados que seguian al oficial herido (1). La luna apareció en el cielo en aquellos instantes con toda su claridad para alumbrar el sangriento cuadro, y, como horrorizada, volvió á ocultarse á poco entre los oscuros nubarrones. El coronel español D. Luis Vazquez, que se habia propuesto defender el fortin hasta que pereciese el último soldado, á pesar de haber recibido dos balazos en la clavícula del

(1) Este hecho lo refiere en su diario manuscrito el oficial expedicionario, que precisamente se hallaba en el fortin.

hombro izquierdo, continuaba animando á su gente sin atender á la sangre que en abundancia manaba de sus heridas, cargando compuertas de arena con los oficiales, para formar nuevos parapetos (1). Hablando del bizarro comportamiento de este jefe expedicionario, dice el coronel mejicano D. Manuel Iturria en los apuntes con que se dignó favorecerme: «Las primeras balas de los mejicanos pasaron el valiente pecho del coronel Vazquez, quien no obstante sus graves heridas, siguió mandando personalmente la defensa del fortin.» La lucha se hacia cada vez mas terrible y sangrienta. Los jefes mejicanos Lemus, Acosta, Andreis, Tamariz, Iturria y otros varios, combatian con asombroso denuedo, llenando de entusiasmo á sus soldados que, como ellos, deseaban distinguirse por su valor. Los defensores del fortin, sabiendo muy bien que no podrian ser auxiliados por Barradas, porque le impedia enviar refuerzo alguno el fuerte de *Doña Cecilia*, en que se hallaba el general Terán, interpuesto entre la barra y Tampico, habian resuelto perecer lidiando antes que rendirse. Las acertadas disposiciones de sus jefes para acudir con oportunidad á los puntos necesarios, parecian centuplicar el número de aquellos cuatrocientos soldados, que reunian á la instruccion y la disciplina, el valor y la constancia. Los mejicanos lograron, despues de heróicos esfuerzos, apoderarse de la primera estacada; pero al verse dentro, se encontraron con la segunda, á donde se habian replegado los españoles, retirando sus piezas y sin perder un solo fusil, desde cuyo punto lanzaron un fuego destructor sobre los asaltantes. Este se-

(1) Diario manuscrito del oficial expedicionario.

gundo atrincheramiento dominaba el primero; y los mejicanos, al marchar á tomarlo, se vieron despedazados por las balas de sus contrarios. Obligados á retroceder, volvieron al asalto luego con mayor brío; pero el nutrido fuego de la fusilería les hizo retroceder de nuevo para emprender en seguida con mas furia la lucha. La mayor parte de la oficialidad mejicana, que allí se portó con un valor que honraria á los oficiales del primer ejército del mundo, habia sido víctima de su arrojo. El valiente coronel D. Nicolás Acosta, el comandante D. Domingo Andreis, los capitanes Gómez del Cid, D. Francisco Tamariz, D. Manuel María Quintero, los tenientes D. Francisco Mendoza, D. Matías Moreno, D. Francisco Abosa y D. Ignacio Valdes, y el subteniente D. José Agüero, habian muerto unos en el primer asalto, y otros al acometer la segunda estacada; el coronel D. Pedro Lemus que mandaba la columna principal de ataque, se hallaba gravemente herido, así como el teniente coronel Gonzalez, los capitanes D. N. Sandi, D. Agustin Franco, Don

1829. Manuel María Iturria y el teniente D. Ignacio Agüero: los fosos estaban llenos de cadáveres y de heridos de los valientes asaltantes, mezclados con no pocos de los asaltados que habian perecido. Con la pérdida de esta brava oficialidad y de doscientos ochenta y siete soldados entre muertos y heridos que yacian tendidos sobre el teatro del combate, los mejicanos se vieron obligados á desistir de la empresa; y despues de haber combatido con notable denuedo hasta las cuatro de la mañana del 11, se retiraron al punto de *Doña Cecilia* (1), con in-

(1) El número de muertos que tuvieron los mejicanos que asaltaron el

tencion de reorganizar sus columnas y volver con nuevos refuerzos al combate. Los que mas anhelaban que se repitiese el asalto, eran los oficiales D. José Antonio Mejía, D. Pedro Landero, el ayudante de Santa-Anna Castrillon (1), Mellado, Coca, Franco, y D. Cárlos Beneski, que se habian conducido en la lucha con admirable valor.

El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, resuelto á no dejar que descansasen los contrarios, marchó á su cuartel general de Pueblo Viejo, y á las cinco y media de la mañana del mismo 11 de Setiembre, envió á la posicion de *Doña Cecilia* una fuerza de mil hombres para que, unida á las tropas anteriores, organizase el general D. Manuel Mier y Terán las columnas para emprender de nuevo el asalto al fortin de la barra. En los momentos en que se hacian en el campo mejicano los preparativos para volver al combate, se presentó al general Terán un oficial parlamentario, español, enviado por el jefe del fortin de la barra. Recibido con las atenciones debidas, manifestó de parte del coronel D. Luis Vazquez, que el terreno arenoso de la barra no permitia tener bien á los heridos por lo malsano que era, y que, por lo mismo, le

fortin ascendió á ciento veintisiete de la clase de tropa, y el de heridos á ciento cincuenta y uno. No entran en las expresadas cifras los jefes y oficiales.

(1) Al hablar de este mismo individuo cuando se presentó en Tampico á los comisionados españoles y mejicanos que se habian reunido para tratar de la capitulacion de la fuerza que guarnecia la plaza, haciendo creer que llegaban dos mil mejicanos de refuerzo, siendo así que era la fuerza de Barradas la que se aproximaba, se puso que se llamaba Castrillon, debiendo poner Castrillon.

pedia que le permitiese enviarlos á Tampico. La solicitud era justa, y Terán no podia de ninguna manera oponerse á ella, y mucho menos cuando en el campo habian quedado muchos heridos mejicanos. Pero al general mejicano le importaba mucho que, con motivo de conducir los expedicionarios que guarnecian el fortin á sus heridos á Tampico, no se abriesen comunicaciones entre ambos puestos; y para conciliar los deberes de la humanidad con las hostilidades de la guerra, se encargó de recoger los heridos españoles y mejicanos, y conducirlos en lanchas y canoas á Pueblo Viejo, lo cual empezó á verificarse á los pocos momentos. Mientras se efectuaba la traslacion de los heridos del campo de batalla al punto convenido, el brigadier español D. Isidro Barradas, juzgando que despues de la ventaja conseguida por la guarnicion del fortin, aunque á grande costa, no se le negaria una capitulacion honrosa que ahorrara nuevas víctimas á la humanidad, enarboló bandera de parlamento. El general Santa-Anna, que habia perdido lo mas selecto de su oficialidad y de sus soldados por haber emprendido un ataque de noche, contra la opinion juiciosa de D. Manuel Mier y Terán, y comprendiendo que la gloria de las victorias no se mide por el mayor número de víctimas que cuestan, sino por los resultados ventajosos que proporcionan á la nacion, mandó suspender las hostilidades y avanzar á los parlamentarios españoles. Eran éstos el coronel D. José Miguel Salomon y el comandante, jefe de Estado Mayor, D. Fulgencio Salas. Las proposiciones que presentaron fueron las mismas que las de la mañana anterior, y que ahora les fueron admitidas. Las bases eran,